

Título: *Mapa semiótico para la alfabetización intercultural en Misiones*

Autora: Ana Camblong

### **1. Trazos de la cartografía**

El trazado de un mapa en su misma ejecución convoca a las fuerzas del poder y del saber en razón de que los límites no son naturales, sino producto de las contiendas a veces de las armas, a veces de las argumentaciones, a veces del dinero y casi siempre, de la conjunción de tales intervenciones. Una vez dibujados los contornos en el espacio-tierra y en los pactos políticos, queda configurado un ordenamiento que nos concierne y nos afecta. Todos estamos entramados en los mapas que marcan nuestra existencia individual y colectiva. Si bien los mapas se presentan a primera vista como textos neutros, objetivos y descriptivos, como cualquier otro texto que se precie, admiten diferentes interpretaciones.

Las cartografías que nuestras investigaciones bosquejan e interpretan, se inscriben en la contienda política, en las discusiones de los paradigmas científicos en pugna y atañen a la vida de las gentes involucradas. No pretendo interpretar los datos desde un balcón académico, sino por el contrario, lo hago desde una historia, desde la periferia, desde posiciones y pasiones explícitas, desde la lucha por la justicia. Propongo un mapa biopolítico en el que vida y política anudan sus enredos simbólicos con miras a diseñar una estrategia orientada a la modificación de los sempiternos diagnósticos y para hacer visible la posibilidad de experimentar la acción.

En primera instancia, cabe circunscribir el trazado a la jurisdicción provincial, aceptando las determinaciones geopolíticas adoptadas por el Estado-Nación y a la vez, las divisiones departamentales establecidas por los distintos gobiernos provinciales. Estas redes limítrofes facilitan el tratamiento de la información y nos ubican en un proceso socio-histórico que no podemos desconocer, ni suspender en ningún momento. Es que en dicho trazado básico, se alojan los relatos que sustentan nuestras significaciones idiosincrásicas y los sentidos emergentes para nuestro destino compartido.

El mapa de base habla con arcaico acento aborígen, con su léxico mestizo y su sintaxis extravagante, con su cadencia indolente y astuta, con sus ritmos laxos y felinos, inserto en su morada eco-semiótica completa. El mapa de base lleva las huellas de antiguas andanzas españolas, reducciones jesuíticas, tránsitos invasores y defensivos, operaciones trágicas y devastadoras, rapiñas impúdicas de grandes apellidos, de militares y políticos dotados de codicia advenediza e impune. Lleva las huellas de pasajes interminables de bandos y contrabandos que utilizaron estos confines tanto para maniobras patrioterias, cuanto para ejercer enriquecimiento ilícito, propio de los espacios denominados “tierra de nadie”.

En el mapa de base late la crueldad del olvido y del maltrato, si no se toma en cuenta lo que significa hablar desde ese lugar, no se podrá interpretar nuestro lenguaje, ni se podrá comprender nuestro alegato.

En esta ocasión podríamos mencionar cantidad de habitantes, tasas atroces de mortalidad, desnutrición y prostitución infantil; también podríamos describir con rigor inocuo las interferencias entre lenguas, los contactos dialectales, la presencia maravillosa de arcaísmos en uso, cuantificar los hablantes de diferentes idiomas; podríamos además, desplegar la precariedad adversa de cada día en la que trabajamos, pero a nuestro criterio, si no se pondera las incidencias de un dilatado proceso histórico de marginación, no estaremos en condiciones de procesar la significación reivindicativa de urgencia que este otro mapa viene a plantear.

Todas las mediciones, investigaciones, libros, artículos, tesis y *papers* de las ciencias me parecen válidos, útiles y hasta denunciadores, pero el conflicto sigue siendo ético y político,

y se dirime en el campo de los intereses en tensión. Si esto es así, entonces, para iniciar este diálogo debo definir mi lugar de enunciación: hablo, aquí y ahora, desde el sitio del dolor acumulado por la historia. Tal como nos aconseja el lúcido Foucault, hay que “iniciar la lucha allí donde se hallan y a partir de su propia actividad. El conocimiento es siempre cierta relación estratégica en la que el hombre está situado.”<sup>1</sup>

Me hallo pues, en este sitio provincial y desde mi dialecto digo que *no me hallo mismo* cuando me borran la memoria y me sacan de sitio, cuando el poder me interpela desde el vacío y me explica desde el presente olvidadizo, lo que nos viene ocurriendo desde el fondo de la historia. *No me hallo mismo* cuando el intercambio “políticamente correcto” guarda una parsimonia tramposa e hipócrita, cuando el poder concentrado con soberbio exotismo, según nuestro dialecto, *nos judea bien feo y nos mandonea todito mal*.

“Hay que ubicarse” nos aconsejan lo buenos modales. Pues bien, mi ubicación resulta completamente desubicada, así de antigua y así de argentina: somos los mismos bárbaros, somos los mismos provincianos de siempre: ni malos ni buenos, re-sentidos...

Este rótulo nos invalida cómodamente asignándonos los tristes efectos del rencor, pero si ponemos ese presunto re-sentimiento en rotación y lo convertimos en impulso de vida, comprenderemos que tenemos posibilidades de imaginar e inventar “otros sentidos” para re-valorizar nuestra existencia diferente. Vuelvo a mi dialecto asperón y basáltico, para asumir que *no es de balde que estooy nomá aquí...* en este sitio-otro respecto del centro. Investigo y enuncio desde semejante “estado de sitio”, puesto que permanecemos en continuo “estado de excepción” para las reglas de un universo que no nos comprende. Los universales del dispositivo jurídico del poder concentrado, nos administran los fondos y las decisiones, nos empujan hacia el borde y nos invalidan con elegante condescendencia. No puedo dejar de pensar, dado que vivo aquí, inscripta en el régimen de este orden.

Si partimos del mapa geopolítico diseñado por el Estado-Nación es porque necesitamos la memoria de los experimentos socioculturales ensayados en nuestro *habitat*. Estos planes nacionales, inconsultos y unilaterales, no sólo han quedado instalados y moldean nuestro imaginario, sino que todavía continúan su devenir incongruente, intempestivo e insensato.

Con pincelada gruesa podemos recordar el estatuto de “territorio nacional” hasta la mitad del siglo XX, período que instauró una perversa dependencia de difícil reversión y una economía extractiva y depredadora de nuestros recursos naturales. Acontecer que fue y que sigue siendo. En dicho plan se incorpora el ingreso masivo de corrientes colonizadoras europeas, sin tomar recaudos, ni para los que estaban, ni para los que llegaron. Un desamparo igualitario sometió a la población a una gesta de trabajo y convivencia de durísimos avatares. El emblemático “crisol de razas” revolvió en su inmoral tratamiento, un amasijo desconsiderado para la condición humana. Esto fue así, hace mucho tiempo, pero sigue estando en nuestra memoria y en nuestra vida cotidiana.

A lo largo del extenso proceso moderno, aun después de convertirse en Provincia, nuestra ubicación de fronteras internacionales nos colocó en la mira de la Defensa de la Soberanía Nacional, no para integrarnos con los vecinos, sino por el contrario, en tanto zona de alto riesgo, como un espacio debilitado y permeable a las “penetraciones extranjeras”. Las Fuerzas Armadas y la Educación Pública se convirtieron en vigías del “ser nacional”, plasmado principalmente en la “lengua oficial”.

---

<sup>1</sup> M. Foucault (1980) *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta. (1979) Edición y trad. de J. Varela y F. Alvarez-Uría.

El sino paradójico nos trabó embargo histórico y tensó sus contradicciones en una maniobra política que introdujo masas extranjeras como si el territorio hubiera estado deshabitado, y simultáneamente levantó sus fronteras con arrogancia para que “lo extranjero” no contaminara nuestra impoluta idiosincrasia argentina. Al interior de este siniestro dispositivo embustero, los hijos de colonos y de las vecindades fronterizas ingresaban en una escuela pública que los alfabetizó a mansalva en “lengua argentina”, como si sus lenguas familiares no existieran. El operativo mitológico crispó las fricciones, exigió “obediencia de vida” y ridiculizó sin atenuantes el resultado de las hibridaciones y las mezclas que las dinámicas interculturales practicaron.

Esta fábula marcó a fuego nuestro mapa, plantó la bandera lingüística que aun flamea en nuestros mástiles ideológicos desde la Generación del ochenta y se mantiene firme, quizá un poco desflecada, en la memoria colectiva. La represión descalificadora de las lenguas familiares, sean éstas europeas, vecinas o autóctonas, convirtió al sistema educativo en un generador de diglosia, si se prefiere utilizar un elegante eufemismo sociolingüístico, pero lo adecuado sería hablar bien y pronto de una máquina de discriminar. Condenar la lengua madre del niño por extranjera en su misma patria, fue el dictamen que atravesó generaciones y generaciones de ciudadanos estigmatizados, avergonzados de sus respectivas lenguas familiares y de sus propios discursos mixturados y fronterizos.

Las dictaduras militares acentuaron con énfasis las cruzadas escolares que nos diferenciaron una vez más, del resto del país: por supuesto, todo planificado, monitoreado y dirigido desde el centro. Se superpuso otra cartografía que determinó las “áreas” y las “zonas” de frontera, en las que el “estado de sitio” ajustaba sus cuentas con lo diferente y controlaba los movimientos socioculturales hacia el interior. Dicho de otro modo: nos disciplinaban guardando distancia y mirando al centro. Cabe advertir que la política de los militares no se diferencia del proyecto nacional moderno en sus postulados, simplemente los exasperaron con singular severidad.

Acompañando este proceso que supimos soportar, se impone tener en cuenta la presencia solícita, trivial y subalterna de los medios masivos de comunicación. Los medios en general, con valiosas excepciones, en dictadura o en democracia, han tomado estas posiciones de irreflexivo nacionalismo y vergonzante tono patrioter. De los medios habría que recordar lo siguiente: no sólo adoptaron ideologemas rígidos y a la vez decadentes de la defensa a ultranza de la “lengua oficial” y de la “identidad nacional”, sino que además se solazaron en el escarnio de docentes de zonas rurales-fronterizas, quienes reconocían sinceramente que en su escuela los niños hablaban otra lengua, especialmente el portuñol. Algunos medios locales cometieron errores, pero los medios metropolitanos fueron de un amarillismo y una falta de respeto para los docentes y la población de la región, inverosímiles, o mejor dicho, tan desaprensivos como de costumbre.

“De pronto”, como se dice ahora o en cualquier relato, el ventarrón posmoderno de la Transformación Educativa comenzó a soplar sus premisas improvisadas y recién copiadas de los centros del Primer Mundo. Una estampida ideológica corrió a bajar los trapos anticuados de la lengua oficial hegemónica y a quemar rápidamente los papeles que atestiguaran las discriminaciones perpetradas. Con banalidad digna de cualquier colonia, se adoptó el discurso de los “estudios culturales” de última moda y los documentos, muy sueltos de cuerpo, bajaron línea sobre la “diversidad cultural”, sobre “bilingüismo” y “enseñanza del español como segunda lengua”. Ingenuamente los misioneros celebramos: *nos descubrieron, al fin nos descubrieron*. De pronto se acordaron de los aborígenes. De pronto quedaba “re-onda” hablar de la frontera; de pronto, todos se convirtieron a la secta

“multicultural” y se lanzaron sobre “estos pobres niños de la diversidad” para alfabetizarlos con claves anglófonas; de pronto, había que ensayar y enseñarnos modelos de integración que en dialecto, *nosotro’ por estos lados, que raaaato, veníamo’ ya viviendo...*

Nuestro asombro se puso de pie expectante: es que hasta ayer nomás, recorríamos despachos oficiales llevando nuestra investigaciones -iniciadas en la década del setenta-, las que fueron sistemáticamente ignoradas o desechadas porque nuestra propuesta de “semiótica intercultural” resultaba políticamente incorrecta e inviable. Con alborozo político pensamos que el giro transformador favorecería nuestra colaboración con el sistema educativo. Nuevo equívoco: ahora resultamos inexistentes, porque los que se reparten toda la existencia del tema desde las mejores ubicaciones, raudamente remozaron sus lecturas y vienen a darnos lecciones acerca de lo que debemos hacer “con este problema”, sin tener la más pálida idea de lo ocurrido, ni de lo que sigue ocurriendo *in situ*.

Es por eso, como dije al comienzo, que sostengo mi discurso en el desubicado estado de este-sitio y puedo dar testimonio, no muy suelta de cuerpo, sobre el “cuerpo del delito”. Soy testigo de parte en esta querrela, que vio y vivió junto al docente, a los padres y a los niños este crimen paradójico de brutales idas y vueltas. Se impone dar testimonio del irónico sarcasmo que nos descerrajó la historia y que hace una vez más, como si aquí, no hubiera pasado nada.

Nosotros, los que procesamos el re-sentido de esta terrible crónica, aprendimos a vivir en la inexistencia, tenemos memoria en ejercicio de nuestra responsabilidad intelectual y sabemos aprovechar con alegrón ético la *continuación de la nada* que nos atribuyen. Así, entonces, el mapa de base apenas indicado con interpretación dolida, nos atraviesa con grietas y cicatrices de fronteras que se trazaron sobre nuestro propio cuerpo, y nos impone políticas lingüísticas y de las otras, en un sistema educativo subordinado a las incursiones espasmódicas y extemporáneas de los centros nacionales y los organismos internacionales. Esto no es una queja, sino un relevamiento político desde el que hablo y en el que lucho.

## **2. Mapa semiótico**

Lo dicho hasta aquí, forma parte constitutiva del mapa semiótico, ahora habría que hacer otros deslindes para interpretar la diferencia. En primer lugar, si adoptamos una perspectiva semiótica es porque en nuestra investigación el lenguaje siempre estará sumido en los universos culturales, inmerso en los flujos significativos que lo detentan, lo practican y le dan sentido. El paradigma disciplinar de la Semiótica nos permite mantener el discurso como una práctica entre las demás prácticas, inserto en sus entramados culturales, en procesos dinámicos y complejos, sin descuajarlo de su cartografía histórica, sociocultural y emblemática de nuestros imaginarios colectivos.

En segundo término, directamente relacionado con lo anterior, enfatizamos un postulado que rige todos nuestros estudios e intervenciones: el principio de continuidad. Nos dirigimos a mundos integrados por masas sígnicas complejas, a universos de correlatos en conjuntos interactivos. El enclave radica en aceptar como premisa al niño entramado en su propia continuidad, morador de su mundo, su decir y su vida cotidiana, respirando en una semiosfera plena de sentido. Desde nuestra perspectiva, un niño puesto en su propio mundo, no será jamás carente, ni deficitario, sino completo y distinto.

En tercer término, se inscriben y se instauran las fronteras, los contactos y las conexiones, que introducen discontinuidades, determinaciones, diferencias que sólo pueden interpretarse en el continuo del universo antes mencionado. Las traducciones semióticas operan entre límites, siempre reponiendo la continuidad y a la vez, ajustando sus operaciones a las exigencias del continuo. No atendemos, ni entendemos la traducción

unívoca, código a código, signo a signo, sino las traducciones multiformes, polivalentes y resbaladizas regidas por el continuo. En dicha continuidad se articulan los movimientos semióticos interculturales, sobre la frontera, en el espacio “entre” de la inter-zona se producen los ajetreos simbólicos de intercambios, de mixturas, de hibridaciones y de engendros semióticos de toda índole. Tiene que quedar claro: fragmentación y cruces proliferantes interculturales puestos en continuidad, no implica homogeneizar, aplanar o quitar movilidad. Al contrario, se trata de saber en qué consiste la continuidad de las discontinuidades dinámicas y prolíficas.

La interculturalidad no es, para nosotros, tan sólo una definición teórica, lógica y metódica que fuimos construyendo a lo largo de tantos años, sino principalmente, una experiencia cotidiana de vida en el continuo fronterizo en el que realizamos nuestro trabajo de investigación y de alfabetización. Por esta vía, consideramos que no existen métodos universales ni de alfabetización, ni de enseñanza de segundas lenguas, sino a la inversa, sostenemos que los métodos deben adecuarse al continuo de los universos en los que intervienen. Los universos rurales e interculturales solicitan una semiótica integral de sus movimientos y dispositivos de particulares características. Tampoco propiciamos la redacción de un libro etnográfico alfabetizador, porque nuestras propuestas entrenan al docente para que sea capaz de tomar los textos alfabetizadores de las tramas orales de la vida cotidiana. Conversación y relato, preparan el territorio de la escritura, trazan el mapa que articula los diálogos familiares con los diálogos escolares. Esto significa a la vez, que los métodos descansan sobre la ponderación, intenso entrenamiento y alta valorización de los desempeños orales inmersos en las prácticas de la vida misma.

La llave de la escolaridad y del proceso educativo general se centra en los “umbrales escolares”, concepto teórico y operativo que he diseñado con desarrollos específicos para nuestra provincia y que se convierte en una herramienta de trabajo e interpretación para el docente, no sólo en el inicio, sino a lo largo de una dilatada alfabetización sostenida.

Si tuviéramos que elegir el rasgo más característico de la jurisdicción intercultural en la que trabajamos, seleccionaríamos sin dudas, la heterogeneidad. Este sello de la diferencia plural y heteróclita, nos enfrenta a un abigarrado tejido de diversos componentes socioculturales en movimiento constante. Si la tradición civilizadora ha mentado la “ley de la selva” como extrema discordancia y salvajismo, nos apropiamos de esta alegórica invalidación y efectuamos una relectura que viene bien para comprender nuestra complejidad. La selva de signos interculturales responde a una lógica barroca que solicita el dispositivo exponencial de la movilidad del infinito, de la paradoja de los contrarios encastrados y los límites desplazados en una todo-posibilidad continua.

Si tomáramos el bajo continuo de la música barroca en ensamble con las florituras sonoras de complicadas escalas, podríamos decir en dialecto que *suenan bien igualito* a nuestra continuidad selvática enmarañada de variaciones y diferencias. Las voces polifónicas y las disonancias de nuestros discursos extravagantes, practican y muestran la extrema ductilidad de los lenguajes y del pensamiento puestos en los límites. La ley de este continuo supone la simultaneidad de lógicas polivalentes, morfismos cambiantes, entrecruces y articulaciones aleatorias y, a la vez lanzados hacia la variación infinita. Hay que entender la premisa del proceso infinito con el azar instalado, para utilizar el andamiaje de nuestra propuesta semiótica de alfabetización intercultural implantada sobre la práctica, orientada a la experiencia y a la experimentación. Nosotros no abominamos ni de las mezclas, ni de los híbridos, los tomamos como punto de partida y alentamos su dinámica creativa, transformadora pero incompatibles con consignas centralizadas y universales. La “ley de la

selva” metaforiza esta otredad que nos caracteriza. Tal como lo explica el sociólogo polaco Zigmunt Bauman: “Todos los residentes en las tierras de frontera se enfrentan a una tarea similar: entender, no censurar; interpretar, no legislar; abandonar el soliloquio en beneficio del diálogo.”<sup>2</sup> Coincidimos: nuestro objetivo es el diálogo, no la bajada de línea.

El mapa que intento comentar se ciñe a los “umbrales escolares” con el propósito de diagramar algunas coordenadas que faciliten la planificación y los seguimientos que se decidan encarar. La encuesta que voy a comentar, abarca tanto el Nivel Inicial, cuanto el primer grado de la Escolaridad General Básica. Me refiero en esta ocasión, exclusivamente a la encuesta del año 2000, cuya muestra cubre un 78 % de la matrícula de la educación pública estatal. **(cuadro 1)** Como se podrá apreciar, nuestra encuesta tiene una amplia cobertura y representatividad, aun si se toma la muestra por departamentos. Tal como anuncié antes, no desplegaré los datos en su meticulosa incidencia, sino tomaré cifras emblemáticas que acompañen la interpretación semiótica y política.

Podemos iniciar el recorrido por las zonas en las que se ubica el mayor porcentaje de lo que he denominado “niños demandantes”. **(cuadro 2)** Esta categoría abarca tanto a los niños que entienden pero no hablan español, cuanto a los monolingües de otra lengua, una población escolar de alto riesgo que “demanda” intervenciones especializadas. Los “niños demandantes” se presentan año a año ante el sistema educativo con su Documento Nacional de Identidad a solicitar que los atiendan sin estigmatizar su bagaje sociocultural ni su lengua familiar, puesto que la pregunta obligatoria en esta instancia es la siguiente: ¿en qué otra lengua puede hablar un niño de 4, 5 o 6 años que no sea la lengua familiar? El “niño demandante” queda entrampado en la paradoja de convertirse en un extranjero en el punto mismo en que reclama el aprendizaje de la “lengua oficial” de su propia nacionalidad. Evidentemente, los lugares de intervención focalizada están detectados, **(Mapa con zonas)** pero, aunque los porcentajes sean muy bajos o existan casos dispersos de “niños demandantes” en toda la jurisdicción, hace falta una estrategia alfabetizadora con múltiples alternativas idóneas para responder a la heterogeneidad de variaciones en el continuo intercultural. Asimismo, estamos en condiciones de sostener que la configuración panorámica no se ha modificado desde el año 1982 en que se hizo la primera encuesta. Si esto es así, entonces, propiciamos una planificación particular para “niños demandantes”, con tácticas específicas de acuerdo con las variantes de casos.

En el otro extremo, cabe considerar que, tomando toda la provincia, enfrentamos una población escolar general que habla y entiende la lengua oficial en un 97%. La contundencia de semejante número pareciera hacer retroceder todo recaudo lingüístico y todo planteo bilingüe. El dato molar y abarcador se presenta como un monumento que invalida tanto conflicto y tanto fracaso inexplicable... “y sin embargo se mueve”, diríamos con Galileo. Se sabe que la política lingüística homogeneizante del Estado Nación y las estrategias adaptativas de algunas colectividades, implantaron el uso de la lengua oficial a rajatabla y que esta acción muestra sus resultados más eficaces en dicho guarismo. Pero a la vez, este dato no hace más que demostrarnos que los números no dicen todo, que los procesos socioculturales no se revierten tan fácilmente y que la frontera genera procesos semióticos muy singulares que no responden a las directivas del centro. Les ruego que procuren dimensionar el callejón sin salida en el que desemboca esta cifra paradigmática: 97 % de hablantes de lengua oficial, en la que se exhibe el triunfo absoluto de una política

---

<sup>2</sup> Zygmunt Bauman (2002) *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós. (1999) Tr. Albert Roca Álvarez. p.87

represiva y a la vez, en la que se escamotea la derrota de una realidad que nadie quiere aceptar. De esto no se habla.

En el corazón del dato, cierto y tramposo al mismo tiempo, anida la ebullición perpetua del continuo intercultural. La “ley de la selva” interpone su raro ecosistema semiótico invadiendo con desaforada autarquía las prácticas y los imaginarios locales fronterizos. No sólo se habla la lengua oficial con variaciones imposibles, sino que la lengua oficial habita, vive y respira en una morada resonante de ecos multiétnicos y mixturados. No somos bilingües, ni lo vamos a ser, hablamos las interlenguas que algunos métodos consideran un estadio, un pasaje a superar para arribar a la “verdadera” lengua estándar o canónica. A dichos supuestos y a dichos métodos hay que mostrarles su rotundo fracaso: nosotros no estamos de paso por la interlengua, sino que vivimos en ella y no podemos, o no queremos, abandonar esta frontera semiótica, aunque nuestros discursos resulten por demás incómodos y ambiguos a la ortodoxia lingüística. Otra vez Bauman indica con acierto: “la tierra de frontera, de las culturas es el territorio en el cual se trazan continuamente unos límites sólo para violarlos y volver a trazarlos una y otra vez... No hay acto de traducción que deje intactas a las partes implicadas.”<sup>3</sup>

Por supuesto, la aceptación del universo intercultural con su lógica y su proliferación traductora de significados y sentidos, no es un problema epistémico, sino ideológico. O mejor: toda decisión científica implica una ética y una política que pondera y valora las palabras, los hechos y las cosas.

Si esto es así, entonces resulta oportuno incorporar la pregunta de la encuesta que indaga acerca de la existencia de “otra lengua”, no importa cuál, en la familia. Estos datos los interpretamos bajo la categoría que he llamado “horizonte familiar intercultural”. Si miramos el mapa general escandido en departamentos (**cuadro 4**), podremos corroborar altísimos porcentajes en la zona de “alta demanda”, pero me interesa señalar un único ejemplo que permita comprender inmediatamente la cuestión; así, se puede tomar dos departamentos con bajos porcentajes de “niños demandantes” (4 %), pero con altos rangos en el “horizonte familiar intercultural”: en San Pedro 61 % y San Javier el 62 %. Esto significa que, aunque se ostente un 96 % de niños hablantes de la lengua oficial, en su vida cotidiana habitan un nicho intercultural. Hay que leer bien este dato: cuando el porcentaje de “horizonte familiar intercultural” es elevado, no queda restringido estrictamente a lo familiar, sino que afecta profundamente las dinámicas vecinales. Los procesos dialógicos vecinales, a los que asignamos un papel decisivo en la interpretación científica y en las intervenciones pedagógicas, expanden su continuidad intercultural en universos rurales, configurando así, semiosferas interculturales de singular relevancia. El componente rural ordena un continuo que procesa la heterogeneidad intercultural con improntas compartidas, en discontinuidad con las modalidades urbanas. A la vez, el movimiento poblacional constante, pone en inter-zona a los cordones suburbanos, los que articulan y desarticulan pautas rurales y mestizajes étnicos y lingüísticos.

Retomo el “horizonte familiar intercultural” simplemente para señalar que en el total de la provincia, alcanza un 23 %, número que en su globalidad dice muy poco sobre las heterogeneidades violentas que comentamos antes. Sin embargo, no tenemos por qué privarnos de lecturas supersticiosas, cuyas convergencias imprevistas pueden plantar una baliza llamadora y reflexiva. Curiosamente, el dato intercultural del 23 %, coincide con nuestro doliente primer puesto nacional de repitencia en el primer grado de EGB1, con un

---

<sup>3</sup> Op. cit. P. 86.

22 %, cifra fatídica del año 2000 que en los años posteriores, en lugar de retroceder, aumentó. Insisto, no se trata de una deducción o una hipótesis científica, sino de un correlato “fortuito”, que más que al diagnóstico, tiende al sentido común, con el fin de avisar a nuestro afiebrado imaginario selvático, que no hay por qué creer en las interculturalidades fronterizas, pero que las hay, las hay... y éstas, *capaz nomás*, como dice el dialecto, que afectan a los procesos de alfabetización.

Los libero de otras disquisiciones interesantes y productivas a la hora de bregar en el campo de las políticas lingüísticas provinciales, para enumerar muy sintéticamente, algunas decisiones biopolíticas del mapa activo y experimental de nuestra investigación:

- 1) Hemos seleccionado la alfabetización intercultural como llave de la escolarización en la jurisdicción de la Provincia de Misiones;
- 2) seguiremos nuestras investigaciones, intervenciones y experiencias acotadas a los “umbrales escolares” como clave de la alfabetización intercultural;
- 3) trabajaremos, como hasta ahora, en la universidad pública al servicio del sistema educativo a través de sus docentes y cuadros técnicos;
- 4) privilegiamos en nuestras actividades a los Institutos de Formación Docente;
- 5) mantendremos el seguimiento del mapa semiótico cada cinco años;
- 6) ofrecemos transferencia de investigación y desarrollo para planificar, reformular e implementar el diseño curricular de la jurisdicción;
- 7) continuaremos con nuestra acción sistemática de Especialización, Actualización y Perfeccionamiento docente en el campo de la Alfabetización Intercultural.
- 8) propiciamos una Ley de Alfabetización Intercultural en la Provincia;

Esta escueta enumeración conlleva el compromiso de un equipo de investigadores que no sólo ha realizado postgrados en distintas especialidades, sino que ha concursado sus cargos, se ha categorizado en el sistema nacional de Ciencia y Tecnología, somete sus resultados a evaluaciones externas, los publica en revistas especializadas y los presenta regularmente en congresos nacionales e internacionales. Si esto es así, entonces, muchos interrogantes emergen en medio de estas contingencias:

¿por qué el presunto sistema federal desaprovecha los insumos producidos por la universidad pública de la región?

¿por qué se siguen inventando Programas Nacionales centralizados que no responden a nuestras necesidades?

¿por qué nos envían “paquetes cerrados” con expertos adentro y documentos impresos?

¿por qué tenemos que restringir nuestra actuación a completar formularios que corrige la tecnocracia con altanera displicencia?

¿por qué los responsables de los experimentos ejecutados no asumen el fracaso perpetuo avanzando hacia el abismo?

¿cuándo comprenderán que en las provincias también se piensa y se produce?

¿por qué no se respeta la diferencia de nuestros niños?

¿por qué no escuchan nuestras demandas y nuestras alarmas?

¿qué hemos hecho para merecer esto? ¿hasta cuándo abusarán de nuestra diferencia?

Finalmente, nuestro trabajo no está ni adentro, ni afuera de semejante aparato, habla en otra parte, porque la vida está en otra parte... y no se la vamos a dar. En dialecto digo: *má' vale, ni nunca para aflojar nosotros'...* Creo que queda *bien clarito* que enuncio desde la desubicación como una protesta sobre las heridas políticas, que lleva en su discurso el oprobio ético de nuestra dignidad ofendida.

Éste es nuestro mapa semiótico intercultural, no esconde ni exhibe: dignifica... *Ya da, ya...*